

Iván S. Turguéniev
Historia del teniente Yergunov



selección doce uvas

RIALP

IVAN TURGÉNIEV

Historia del teniente Yergunov

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: История лейтенанта Ергунова

© 2019 de la versión española realizada del ruso por GEORGE PORTNOV y revisada por MARTIN DOCAMPO, by
EDICIONES RIALP, S. A.,
Colombia 63, 8.º A, 28016 Madrid
(www.rialp.com)

Esta obra ha sido publicada en colaboración con la Fundación Lázaro Galdiano, F. S. P.



Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN (versión impresa): 978-84-321-5148-4
ISBN (versión digital): 978-84-321-5149-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

I

II

III

IV

AUTOR

AQUELLA NOCHE NOS CONTÓ de nuevo su aventura el teniente Yergunov. La repetía con detalle todos los meses, y cada vez la escuchábamos con mayor gusto, aun sabiéndonos al dedillo casi todos los detalles. Estos detalles habían ido brotando, digámoslo así, de un modo sucesivo en torno al primitivo tallo de la historia, como brotan los hongos alrededor del tronco de un árbol cortado. Conocíamos demasiado el carácter del narrador, como para encontrar dificultades para suplir sus omisiones y rellenar sus lagunas. Pero desde aquel entonces, habiendo fallecido el teniente, no queda nadie para referir su aventura. Por eso nos decidimos a ponerla en conocimiento de todo el mundo.

El extraordinario suceso ocurrió en la juventud del teniente, hará de ello algo así como unos cuarenta años. Hablando de su persona, decía él mismo que era un joven guapo, elegante, con una cara de esas que en ruso llaman *de sangre y leche*, labios rojos, cabellos rizados y mirada de halcón. Le creíamos porque nos fiábamos de su palabra, pero no hallábamos en él nada semejante a tales cosas. Parecía el teniente un hombre de aspecto muy común, de rostro vulgar y como somnoliento, desgarbado y cursi en el modo de vestir; pero no debe olvidarse que ninguna hermosura resiste el paso del tiempo. Había restos de la elegancia que buscaban conservarse en el teniente. En su vejez aún llevaba pantalón muy ceñido, con trabillas; se apretaba la exuberante cintura, se rizaba el copete y se teñía los bigotes con cierta droga persa que les daba reflejos rojos o verdes, más que negros. Pero todo ello no impedía que el teniente fuera un caballero muy estimable, aun cuando al jugar al *whist* le gustaba echar miradas furtivas a las cartas del vecino con sus ojuelos grises; pero esto lo hacía menos por afán de lucro que ánimo de ahorro, pues no le gustaba perder inútilmente el dinero. En fin, basta de hablar del teniente. Pasemos a su historia.

Esta tuvo lugar en la entonces nueva ciudad de Nicolaiev[1]. Reinaba la primavera. El señor Yergunov, que tenía el empleo de teniente en la marina imperial, acababa de ir allá para desempeñar una comisión del gobierno. Como oficial de solidez y circunspección que era, se le había encargado dirigir ciertas reconstrucciones navales. Con frecuencia le remitían cantidades bastante considerables, que para mayor seguridad llevaba siempre encima, dentro de un cinturón de cuero abrochado con hebillas alrededor de su cuerpo. A pesar de sus pocos años, el teniente Yergunov se distinguía, en efecto, por su gran prudencia y una gran moralidad de conducta. Evitaba con cuidado toda acción vituperable. Por aquella época no tocaba los naipes, no bebía vino y hasta evitaba el trato social en absoluto; de suerte que, entre sus camaradas, los formales le denominaban *la señorita*, mientras que los bullangueros le pusieron el mote de *el gorro de dormir*. El teniente no tenía más que un punto débil: su corazón era en extremo sensible a los encantos del bello sexo; pero hasta en eso mismo sabía resistir los ímpetus de las pasiones, y se guardaba muy mucho de lo que hubiese llamado él claudicación. Se acostaba y se levantaba con las gallinas, cumplía puntualmente con sus deberes y no

tenía más distracción que dar un largo paseo a la tarde por los barrios extremos de Nicolaiev. Nunca leía libros, por miedo a las congestiones cerebrales, y hasta se veía obligado todas las primaveras a combatir el malestar con líquidos cocidos con hierbas medicinales. Puesto ya el uniforme, después de cepillarse él mismo con mucho esmero, el teniente se dirigía todas las tardes a los huertos de los arrabales, siguiendo con paso lento largas cercas de empalizada. Se detenía a menudo, admiraba la belleza de la naturaleza, cogía una flor como recuerdo y experimentaba una especie de satisfacción interior. Pero no tenía verdadero placer sino cuando se encontraba con algún “cupidillo”, es decir, alguna linda artesana que apresuraba sus andares al regresar a casa, llevando sobre los hombros ese manto que llaman “calentador del alma”, un pañuelo de colorines a la cabeza y un ligero atillo bajo el brazo desnudo. Siendo de temperamento sensible, pero modesto, como decía él mismo, el teniente nunca dirigía la palabra al “cupidillo”. Sin embargo, le echaba una afable sonrisa y le seguía largo tiempo con una mirada acariciadora. Luego exhalaba un profundo suspiro, regresaba a su casa con el mismo andar solemne, se sentaba ante la ventana y se entregaba a sus reflexiones durante cosa de media hora, fumando con precaución en una gran pipa de espuma de mar, un tabaco horriblemente fuerte, regalado por un oficial de policía alemán, padrino suyo. Así pasaban los días, sin pena ni gozo.

Volviendo una vez a su casa por una calleja desierta, hacia la caída de la tarde, oyó de pronto a sus espaldas unos pasos precipitados y unas palabras confusas, entrecortadas por sollozos. Volvió la cabeza y vio a una joven de veinte años, de rostro muy agradable e inundado de lágrimas. Parecía ser víctima de una desgracia tan grande como inesperada. Corría, tropezaba, hablaba a solas, levantaba los brazos gimiendo. Sus rubios cabellos estaban sueltos, y la pañoleta (en aquel tiempo no se conocía la mantilla ni el albornoz) se le había escurrido de los hombros, y solo quedaba prendida por un alfiler. La joven vestía de señorita, no de simple artesana.

Yergunov se echó a un lado. Un sentimiento compasivo venció a su constante temor a claudicar. Cuando ella llegó a su altura, se llevó atentamente la mano a la visera del chaco, y le preguntó por la causa de su dolor.

—En mi calidad de militar —dijo, llevando la mano a su corto sable de marino—, ¿puedo ayudarle a usted en alguna cosa?

La joven se detuvo y pareció no haber comprendido bien la oferta del teniente. Pero enseguida, y como gozosa de poder abrir su corazón, se puso a hablar a toda prisa y en un ruso espantoso:

—¡Por favor, señor *offizir*! —las lágrimas brotaron de nuevo, y fueron resbalando gota a gota sobre sus mejillas redondeadas y frescas—. ¡Esto es espantoso, es horrible! ¡Dios lo sabe! Nos han desvalijado... Por favor..., la cocinera se lo ha llevado todo, tetera, cofrecillo, vestidos... Sí, hasta los vestidos, y las medias, y la ropa blanca... Sí, y el *ridículo*^[2] de mi tía. Dentro de él había, en un estuche, un billete de veinticinco rublos y dos cucharas chapadas en oro y plata..., y ,además, un abrigo de señora... y todo, ¡todo!... He dicho esto al señor oficial de policía, y va y me contesta: «Márchese usted de aquí, no la creo, no quiero oírla... Usted es de la misma cuadrilla». Y yo voy, y le digo: «¡Por

favor!... ¡Una pelliza!». Y va él y me dice de nuevo: «No quiero seguir escuchándola. ¡Largo de aquí!». Y pega una patada en el suelo. ¡Qué insulto, señor oficial!... «¡Largo de aquí!...». ¿Y a dónde quiere que yo me vaya?

La joven prorrumpió de nuevo en sollozos, y apoyó la cara en el brazo del teniente. Trastornado a su vez Yergunov, sin moverse de su sitio, se limitó a decir:

—Vamos, acabe usted.

Y no podía separar la vista del palpitante escote de la llorosa joven.

—Señorita —dijo al fin, tocándola ligeramente con un dedo en el hombro—, permítame que la acompañe a su casa. Aquí..., en la calle... ya lo ve usted... es imposible... Me explicará usted sus penas y, como verdadero militar, le aseguro que pondré todo mi empeño en...

La joven levantó entonces la cabeza y por primera vez pareció fijarse en quién era el joven que la tenía entre los brazos, si así puede decirse. Se ruborizó, volvió la cabeza y, sin dejar de sollozar, se apartó algunos pasos. El teniente reiteró su ofrecimiento. La joven le echó una mirada con disimulo a través de los largos cabellos rubios, empapados en lágrimas, que le caían por delante de los ojos (al llegar a esta parte del relato, Yergunov nunca dejaba de decirnos que aquella mirada le había atravesado por completo, como con una pica de zapatero, y hasta una vez intentó reproducir esa mirada). Después, tomando el brazo que le ofrecía el galante teniente, se marcharon juntos hacia el sitio donde, según ella, caía su casa.

Yergunov había tenido en su vida pocas ocasiones de frecuentar el trato con mujeres, y por eso no sabía muy bien por dónde comenzar la conversación. Pero su compañera le sacó de apuros muy pronto. Se puso a charlar por los codos con volubilidad, mientras con el envés de la mano se limpiaba las lágrimas que asomaban sin cesar entre sus párpados. Al cabo de algunos instantes supo el teniente que se llamaba Emilia Carlovna, que era natural de Riga, que había ido a Nicolaiev a pasar una temporadita con su tía, la cual también procedía de Riga. Que también su padre había sido militar, que había muerto del pecho. Que su tía había tomado una criada rusa, muy buena cocinera y no muy cara, pero sin cartilla, y que esa cocinera, el mismo día de entrar, les había robado todo y había huido no se sabe a dónde. Que fue preciso ir a ver a la policía... Al llegar a este punto le vino a la memoria el recuerdo del insulto recibido, y de nuevo estallaron los sollozos. El teniente se vio de nuevo en apuros para encontrar algunas palabras que pudieran consolarla. Pero la joven, cuya sensibilidad iba y venía con la misma rapidez, se interrumpió de golpe y extendió la mano, diciendo con voz tranquila:

—Ahí tiene usted nuestra casa.

Aquella casa era una especie de barracón medio sepultado en tierra, con cuatro ventanas pequeñas a la calle. Detrás de las vidrieras se veía el oscuro verdor de unos tiestos de geranio, y a través de una ventana pasaba el débil resplandor de una vela encendida. Iba entrando la noche. Desde la casa misma se extendía un cercado de tablas hasta la altura del alero, con una puerta falsa. Se acercó a ella la joven y, al encontrarla cerrada, agitó con impaciencia el pesado anillo de hierro de la antigua cerradura. Detrás de la cancela se dejaron oír unos pasos rastreros, como de una persona calzada con

chancas viejas, y una voz ronca hizo en alemán una pregunta que el teniente no comprendió. Como verdadero marino, solo entendía el ruso. La joven también respondió en alemán. Entreabrieron la puerta, dejando pasar a la joven, y enseguida se cerró bruscamente, dando con ella en las narices a Yergunov, quien sin embargo tuvo tiempo de distinguir en la penumbra a una vieja gorda vestida de encarnado y con una linterna en la mano. Sorprendido, el teniente permaneció inmóvil unos instantes. Pero pronto, indignado por la idea de que hubiese alguien que se atreviera a permitirse semejante descortesía con un oficial, dio media vuelta bruscamente y se encaminó a su alojamiento. Apenas había caminado diez pasos, cuando volvió a abrirse la puerta, apareció en el umbral la joven, que había tenido tiempo de cuchichear al oído de la vieja, y exclamó en voz alta:

—Pero, ¿a dónde va usted, señor oficial? ¿Es que no quiere usted entrar en nuestra casa?

Yergunov titubeó un momento, y finalmente regresó sobre sus pasos.

Su nueva conocida, a quien de ahora en adelante llamaremos Emilia, le hizo entrar primero en una pequeña estancia húmeda y sombría, y después lo introdujo en una habitación bastante espaciosa, pero de techo muy bajo. Una de las paredes estaba ocupada por un amplio armario y un sofá de hule. Sobre las puertas, y entre las ventanas, se veían los retratos desconchados de dos arzobispos con la mitra puesta, y el de un turco con turbante. En los rincones de la estancia había muchos cofres y sombrereras de cartón, y rodeada de sillas rojas había una mesa de juego, abierta, y sobre ella un gorro de hombre junto a un vaso de *kvass* medio vacío. Pisándole los talones al teniente entró la vieja que había visto junto a la puerta. Era una judía de aspecto repulsivo: sus pequeños ojos, llenos de legañas, lanzaban miradas siniestras; algunos pelos grises cubrían su abultado labio superior. Emilia se la presentó al teniente, diciendo:

—Mi tía, la señora Fritsche.

El teniente no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Pero se creyó en el deber de declarar su nombre y profesión. La señora Fritsche no le contestó más que con una mirada oblicua, y preguntó en ruso a su sobrina si quería té.

—¡Ah, sí, té! —exclamó Emilia—. ¿No es así, señor oficial? ¿Tomará usted té? Sí, tía, tráiganos el *samovar*. Caballero, ¿por qué continúa usted de pie, en lugar de sentarse? ¡Dios mío, qué ceremonioso! Permítame que me quite el chal.

Mientras Emilia estaba hablando, volvía a un lado y otro la cabeza y movía los hombros con rápidos movimientos insignificantes. Así hacen los pájaros cuando están en lo alto de las copas de los árboles y les alumbra el sol por todos lados.

El teniente tomó asiento y, adoptando la gravedad necesaria, entabló conversación acerca del asunto del robo. Pero Emilia lo interrumpió de inmediato:

—No quede usted preocupado, ya sabemos que no es nada. Acaba de decirme mi tía que los principales objetos se han recuperado. (Aquí, la señora Fritsche murmuró algunas palabras para sí y abandonó la estancia). Ni siquiera había necesidad de dar parte a la policía. Pero yo jamás me sé contener. Soy... Usted no comprende el alemán... Soy tan... *rápida*. Míreme usted, ya no pienso en ello en absoluto.

El teniente miró a Emilia. En efecto, su rostro había recobrado la expresión. Todo sonreía en aquel rostro tan amable, todo: los ojos, rodeados de largas pestañas cenicientas, la boca, las mejillas, la barbilla, hasta el hoyuelo de la barbilla, hasta la punta de la remangada naricita. Se aproximó a un espejo desportillado y se puso a recogerse el cabello, canturreando y guiñando los ojos. Yergunov seguía con atención cada uno de sus movimientos, porque le iba haciendo mucha gracia.

—¿Me disculpará usted, no es así, por haberle traído sin más ni más a mi casa? —se puso a decir ella, haciendo mohínes ante el espejo—. ¿Le resultará a usted desagradable?

—¿Qué está usted diciendo?

—Ya se lo he dicho: ¡soy tan *rápida*! Primero obro y luego pienso, menos cuando ni siquiera me paro a pensar antes ni después, que es lo más frecuente. ¿Cómo se llama usted, caballero oficial? ¿Se puede saber?

Al decir esto se plantó resuelta delante de él, cruzando sobre el pecho sus brazos redondeados.

—Me llamo Yergunov Kuzma Vasiliev —dijo el teniente.

—¿Yergu... qué? ¡Ah! No puedo con ese nombre, es demasiado difícil de pronunciar. Le llamaré a usted Florestán. En Riga teníamos un señor Florestán que venía un excelente gorgorán de Nápoles... y que era muy guapo..., aunque no tanto como usted. ¡Pero qué magnífica estatura tiene usted!... La de un verdadero héroe ruso. Me gustan los rusos, yo también soy rusa. Sí, soy rusa, porque mi padre era oficial, y hasta querían darle una cruz... ¡Pero tengo las manos aun más blancas que usted!

Levantó los brazos por encima de la cabeza, agitó las manos para hacer que descendiese la sangre, y bajándolos bruscamente, dijo:

—Mire usted, me las lavo con jabón griego perfumado. Huela usted un poco... ¡Ah, pero cuidadito con besar!... No se las enseño a usted para eso... ¿Y dónde sirve usted?

—Sirvo en la Armada, en el 19.º buque del mar Negro.

—¡Ah! ¿Con que es usted marino?... ¿Tiene usted buena paga?

—Así, así. No mucha.

—Debe ser usted muy valiente. Se le ve en el blanco de los ojos. ¡Vaya unas cejas espesas que tiene usted! Dicen que conviene frotárselas con sebo por las noches para que crezcan. Pero ¿por qué no lleva usted bigote?

—No lo permite el reglamento.

—¡Caramba! ¡Qué bárbaro es el reglamento de ustedes!... Y eso que lleva usted ahí, ¿es un cuchillo?

—Es un puñal. El puñal es signo distintivo del marino.

—¡Ah! ¡Un puñal!... ¿Y corta?... Vamos a verlo un poco.

Y cerrando los ojos y mordiéndose los labios, sacó a tirones la hoja de la vaina, se puso el corte encima de la nariz, y dijo:

—¡Pero si está mellado el puñal de usted!... Y, sin embargo, podría matarle a usted de una sola puñalada.

Amenazó al teniente, quien hizo como que tenía miedo y lanzó una carcajada. También ella se echó a reír.

—Os perdono —dijo, adoptando una actitud teatral y majestuosa—. Vamos, recoja usted su arma... A propósito, ¿qué edad tiene usted?

—Veinticinco años.

—Y yo diecinueve. ¡Tiene chiste la cosa, Dios!

Emilia se echó a reír con tanto desenfado que se tiró hacia atrás. El teniente permanecía inmóvil en su asiento, sin poder apartar la vista de aquel rostro fresco y sonrosado, conmovido por la tentación de la risa. Cada vez le gustaba más y más.

Se detuvo de pronto Emilia, y después de examinar con atención al teniente como si le viese por primera vez, se acercó al espejo, canturreando entre dientes (era esa su costumbre).

—¿Sabe usted cantar, caballero Florestán? —preguntó.

—No, señorita. No me enseñaron canto cuando era pequeño.

—¿Y tampoco toca usted la guitarra? Yo, sí sé. Tengo una guitarra con incrustaciones de nácar de madreperla. Solo que las cuerdas están rotas. ¿Me dará usted con qué comprar otras para reemplazarlas, señor oficial? Entonces le cantaré a usted una preciosa romanza alemana, ¡más conmovedora!... ¿Y bailar, sabe?... ¿No? ¡Parece mentira! Yo le enseñaré a usted la escocesa y el vals cosaco... *Tra-la-lá, tra-la-lá*...

Y Emilia se puso a saltar por la habitación.

—Fíjese en qué lindas botitas altas llevo puestas. Son de Varsovia... Pero, ¿cómo me va usted a llamar?

El teniente se ruborizó hasta las orejas.

—La llamaré a usted la adorable Emilia.

—Pues debe llamarme usted *Mein Zucker püppchen* [mi muñequita de azúcar]. Vamos a ver, repita usted conmigo...

—Con mucho gusto. Pero temo que sea demasiado difícil para mi lengua...

—Lo mismo da, lo mismo da. Diga usted *Mein*...

—*Mein*...

—*Zucker*...

—*Tsúquer*...

—*Püppchen, püppchen, püppchen*...

—*Piúp... piúp... jen*... No, no puedo. Eso no me sale bien.

—Sí, sí, es preciso. ¿Sabe usted lo que significa eso? En alemán es la frase más dulce para las señoritas. Se lo explicaré a usted más tarde, porque ya viene aquí mi tía trayéndonos el *samovar*.

Emilia se puso a dar palmas de gusto.

—Tía, ¿puedo tomar el té con crema? ¿La hay?

—Cállate —dijo la tía en alemán, con un tono avinagrado.

El teniente permaneció en casa de la señora Fritsche parte de la noche. Desde su llegada a Nicolaiev, nunca había tenido una velada tan agradable. Ciertamente es que, más de una vez, se le pasó por la cabeza que a un oficial, a un caballero, no le convenía intimar con personas como la señorita de Riga y su *tía*. Pero era tan bella Emilia, tenía un modo de hablar tan pícaro, le miraba con ojos tan traviosos, que dejó atrás todos sus

escrúpulos para vivir al menos una vez a sus anchas, como le aconsejaba un *pope* amigo suyo.

Solo le contrarió una única cosa, que le dejó en el ánimo una impresión de pesadumbre. En lo más vivo de su charla con Emilia y su tía, se entornó la puerta de la habitación y por la abertura pasó un brazo masculino metido en una manga de color oscuro, portando un bulto bastante grande envuelto en una servilleta. Las dos mujeres se acercaron con premura para mirar su contenido.

—¡No son las mismas cucharas! —exclamó Emilia.

Pero la tía le dio un codazo y se apresuró a llevarse el bulto, sin atar los cabos de la servilleta, en uno de los cuales creyó ver el teniente una mancha roja como si fuese de sangre.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Les han traído a ustedes algunos otros de los objetos robados?

—Sí —dijo Emilia con cierta vacilación—. Han traído...

—¿Quién los ha encontrado? ¿Su sirviente?

Emilia frunció el entrecejo y exclamó:

—¿Qué sirviente? No tenemos ninguno.

—¿Y quién es ese hombre?

—Nunca viene a vernos ningún hombre.

—Disculpe usted, pero he visto perfectamente una manga de *venguerka*, ya además, aquel gorro...

—Ningún hombre viene a vernos, nunca —repitió Emilia con insistencia—. ¿Qué ha podido ver usted? No sería nada..., aquel gorro es mío.

—¿Cómo que de usted?

—Mío. Algunas veces se me antoja ir a los bailes de máscaras. En una palabra, es mío y basta.

—Pero, entonces, ¿quién ha traído ese paquete?

Emilia no respondió nada y salió bruscamente detrás de su tía. Unos minutos más tarde volvió a entrar, esta vez sola. Cuando el teniente quiso interrogarla de nuevo, ella se le quedó mirando fijamente; y mientras le decía que era impropio de un caballero manifestar tanta curiosidad, se le cambió el semblante, se entristeció y sacando de la mesa una baraja muy usada, pidió al teniente que le diera la buena ventura sobre el rey de oros.

Yergunov se echó a reír, tomó los naipes e inmediatamente se le desvanecieron todas las sospechas que había concebido; pero esos mismos malos pensamientos regresaron durante aquella misma noche. Acababa de salir por el postiguillo de la cerca que daba a la calle y había dicho a Emilia, por última vez y a gritos, *Adiós, Zuckerpüppchen*, cuando un hombre de corta estatura pasó de pronto a su lado, rozándolo; la luna, que lucía con intensa claridad, le permitió ver un escuálido rostro de bohemio, con bigotes negros, nariz aguileña, ojos brillantes y cejas espesas. Ese hombre se apresuró a esconderse tras la esquina de la casa. Sin embargo, el teniente creyó reconocer, no su rostro (que jamás había visto), sino la manga con los tres botones de plata de su capote

con alamares. En el ánimo del prudente joven se despertó una cierta inquietud. De regreso a su casa no encendió, como tenía por costumbre, su gran pipa de espuma de mar. Aparte de eso, podían explicar la agitación de sus sentimientos el inesperado encuentro con la hechicera Emilia y las gratas horas que acababa de pasar con ella.

[1] Fundada junto a la desembocadura del río Dnieper.

[2] Ridículo: bolsa manual que, pendiente de unos cordones, usaban las señoras para llevar el pañuelo y otras menudencias.

II

FUERAN LAS QUE FUESEN LAS aprensiones del teniente, se desvanecieron con rapidez y sin dejar huellas. Continuó visitando cada vez con más frecuencia a las dos damas de Riga. Al principio, Yergunov fue a verlas a escondidas, pues le avergonzaba un poco semejante intimidad; luego, poco a poco, prefirió abiertamente aquel lugar a cualquier otra casa, sin exceptuar las tristes cuatro paredes de su habitación. La señora Fritsche ya no le producía una impresión desagradable, aun cuando continuaba tratándole con despego y hasta huraña. Las damas de aquella especie, por encima de todo, aprecian en sus visitantes la generosidad, y el teniente no dejaba de mostrar avaricia. En materia de regalos, lo que más le gustaba dar eran nueces, pasas y bollitos de alajú. Solo una vez se había arruinado, según su propia expresión: había ofrecido a Emilia una pañoleta de seda de color rosa y de auténtica fabricación francesa. El mismo día, ella le quemó las puntas a la luz de una vela; y, como él la reprendiese, ató la pañoleta al rabo de la gata; él se incomodó, y ella se rio en sus narices. El teniente, al fin, tuvo que confesarse a sí mismo que no inspiraba ningún respeto a las damas de Riga, sino que ni siquiera se había ganado su confianza, puesto que nunca le dejaban entrar de buenas a primeras y sin previo examen. A menudo le hacían esperar. Otras veces, le despedían sin más explicaciones; y para que no se enterase de sus confidencias particulares, hablaban en alemán delante de él. Emilia nunca le contaba lo que hacía, y siempre le respondía con evasivas a todas sus preguntas. Pero lo que más le chocaba era ver que constantemente le impidieran entrar en ciertas habitaciones de la casa de la señora Fritsche, que a pesar de parecer un barracón, era bastante espaciosa. A pesar de todo, Yergunov continuaba frecuentando el trato con Emilia. Le alagaba secretamente su amor propio que su joven amiga, que continuaba llamándole Florestán, percibiese cada vez más su belleza varonil, y le dijera que sus ojos se parecían a los de un párro del paraíso.

Un día, en el rigor del verano y a la hora de la siesta, tras haber pasado el teniente toda la mañana al sol con los operarios del astillero, llegó molido y casi a rastras a la puerta falsa que tanto conocía. Llamó y no le hicieron esperar mucho. Apenas entró en lo que llamaban salón, se tumbó en el sofá. Emilia se le acercó y, con su pañuelo, enjugó la frente del oficial, bañada en sudor.

—¡Qué fatigado está usted! ¡Qué calor tiene! —dijo con tono compasivo—. ¡Pobre amigo mío! ¡Si se hubiese soltado nada más que la presilla del cuello! ¡Dios mío, si se le va a saltar el corazoncito del pecho!

—No puedo más —gimió Yergunov—. ¡De pie desde el alba y dándome en el chacó[1] un sol abrasador! Mi primera intención fue refugiarme en casa; pero me esperan allí esas serpientes de proveedores. Aquí, en tu casa, ¡qué fresco! Si me atreviese, creo que me echaría una siestecita.

—Pues hazlo, duérmete; nadie te molestará aquí.

—Pero tengo conciencia de que...

—¡Vaya una idea! Duerme, voy a acunarte.

Y se puso a tararear una canción de nodriza. El teniente exclamó:

—¡Si me dices antes un vaso de agua!

—Toma, aquí la tienes, transparente como el cristal. Espera, voy a ponerte una almohadita debajo de la cabeza... Y también esto... contra las moscas.

Le cubrió la cara con su pañoleta del cuello.

—Muchas gracias, cupidillo mío —dijo él, y se quedó dormido.

Emilia canturreaba balanceándose como si le hubiera mecido, y se reía ella misma de sus propios ademanes y de su canción.

Al cabo de una hora se despertó Yergunov. En sueños le había parecido que alguien se inclinaba sobre él y lo tocaba. Levantó la pañoleta que le cubría los ojos... Emilia estaba de rodillas, junto al sofá, con una expresión rara en su rostro. Se levantó precipitadamente y corrió hacia la ventana, ocultando una cosa en el bolsillo. El teniente se desperezó, y dijo:

—¡Menudo sueñecito que me he echado! Acércate un poco a mí, mi querida damisela.

Emilia se aproximó. El marino se levantó bruscamente del sofá, metió la mano en el bolsillo de Emilia y sacó de él... unas tijeras pequeñas.

—¡Jesús! —exclamó Emilia, sin poderse contener.

—¡Son unas tijeras! —balbuceó el teniente.

—Claro. ¿Qué creías que ibas a encontrar? ¿Alguna pistola? ¡Vaya una cara pícara que tienes! Las mejillas arrugadas como un almohadón, y el pelo tieso en la nuca. Ni siquiera te sonríes... ¡Oh!

Emilia soltó su risa a todo trapo.

—Basta, basta —dijo enfadado el teniente—. Si no se te ocurre ninguna otra cosa más de chiste, me voy...

Y viendo que no cesaba de reírse, cogió el chacó y repitió:

—Me marchó.

Emilia se calló, pero luego dijo:

—¡Caramba, qué pícaro! Un verdadero ruso... Todos los rusos son malos. ¡O sea, que te vas! Ayer me prometiste cinco rublos, y hoy no me has dado nada y te marchas de aquí...

—No llevo dinero encima —murmuró el teniente desde el quicio de la puerta. Adiós.

Emilia lo siguió con la vista y lo amenazó con el dedo.

—¡Vaya con lo que sale, que no lleva dinero! ¡Todos estos rusos son unos embusteros! ¡Vaya, vaya, con el señor farsante! Tiíta, venga usted, que le voy a contar una cosa...

La noche del mismo día, al desnudarse para irse a la cama, advirtió el teniente que estaba descosido como la largura de un dedo el reborde superior del cinturón, de aquel cinturón que llevaba encima siempre. Como hombre ordenado que era, enseguida cogió hilo y aguja, dio cera al hilo y recosió con esmero el descosido; pero, fuera de esto, no prestó atención a aquella insignificante circunstancia.

El día siguiente lo consagró el teniente a los deberes de su cargo. No salió de casa ni siquiera después de comer. Y con grandes sudores estuvo hasta la noche redactando y

pasando a limpio informes para la superioridad, confundiendo lastimosamente el acento grave con el agudo, poniendo siempre después de cada *pero* una coma, y después de *sin embargo* un punto y coma. A la mañana siguiente, un chicuelo judío, descalzo y con una chamarreta hecha jirones, le llevó una carta de Emilia, la primera que tuvo de ella, que decía así:

Mi queridísimo Florestán:

¿Estás enfadado ahora con tu Zuckerpüppchen, que no has venido ayer? Por favor, no estés muy enfadado si no quieres que tu amable Emilia llore mucho, mucho; y vente esta tarde a las cinco, sin falta (la cifra 5 llevaba alrededor una doble coronita de flores dibujada a pluma). Tu amable

Emilia

El teniente se asombró. No sabía que su Emilia fuese tan sabia. Dio una moneda de cobre al chico y el encargo de contestar que acudiría a la cita.

Yergunov cumplió su palabra. Aún no habían dado las cinco, cuando llamaba a la puerta de la señora Fritsche. Pero con gran sorpresa por su parte, Emilia no estaba en casa. La tía fue quien lo recibió, y después de hacerle una reverencia preliminar (¡cosa bien rara!) le dijo que circunstancias imprevistas habían obligado a Emilia a ausentarse, pero que bien pronto estaría de vuelta y le rogaba que esperase. La señora Fritsche se había puesto una cofia blanca, sonreía, hablaba una voz meliflua y evidentemente se esforzaba en dar una expresión amable a su ceñudo rostro (que no mejoraba nada con tales esfuerzos, antes al contrario, adquiría un cierto tinte equívoco y atravesado).

—Síntese usted, caballero —dijo, acercándole una butaca—, y si usted lo permite, tendremos mucho gusto en ofrecerle una meriendilla.

La señora Fritsche hizo otra reverencia, salió del cuarto y al poco tiempo regresó con una taza de chocolate colocada sobre un platillo de hojalata. El chocolate no era de calidad superior, pero el teniente lo tomó con gusto, por más que en vano trataba de comprender a qué venían las repentinas atenciones de la señora Fritsche, y qué podía significar todo aquello.

Comenzaba ya a perder su paciencia cuando, de pronto, se dejaron oír tras el tabique de la habitación los sonidos de una guitarra. Primero fue un acorde, luego otro, después un tercero, cada vez más fuertes y completos. El teniente se quedó atónito. Era cierto que Emilia poseía una guitarra, pero esta no tenía más que tres cuerdas: siempre le faltaba el tiempo para comprar las otras. Además, Emilia no estaba en casa. Enseguida resonó otro acorde, pero tan fuerte que parecía salir de la misma habitación. El teniente giró sobre sus tacones y poco le faltó para dar un grito de sorpresa y espanto...

Ante él, en el quicio de una puertecita baja, que nunca había visto hasta entonces por estar oculta tras un enorme armario, estaba de pie un ser desconocido y extraño..., ni una niña ni tampoco una moza. Aquella criatura vestía una falda blanca salpicada con dibujos de colores, y tenía puestos unos escarpines rojos con tacones altos. Sus cabellos negros, espesos y largos, retenidos por encima de la frente con una diadema de oro, caían como un manto desde su cabecita sobre su cuerpo grácil y delicado. Bajo aquella mata relumbraban sus ojos con un brillo sombrío; y dos bracitos flexibles y tostados, cargados de brazaletes de oro, sostenían con ambas manos una guitarra. Apenas se le podía ver la

cara, ¡tan oval y oscura parecía! Solamente se dibujaba en ella una nariz afilada y recta, sobre unos labios rojos.

El teniente se quedó petrificado. Miró sin pestañear a ese ser extraño, que también lo miraba con ojos fijos y sin pronunciar palabra. Sin embargo, se dirigió hacia él, paso a paso. La oscura carita empezó a sonreírse poco a poco, hasta que de pronto brilló una blanca dentadura, alzó la cabeza y, sacudiendo su abundante cabellera, manifestó finalmente su fina y acerada hermosura.

—¿Quién es este diablejo? —murmuró el teniente, y acercándose aún más, dijo en voz baja:— Pequeña, pequeña, ¿quién eres tú?

—Aquí —respondió ella, con un timbre velado y pronunciación extranjera, que trastocaba los acentos—, aquí...

Enseguida dio ella un paso atrás. El teniente traspasó el umbral, siguiéndola, y se encontró en un gabinetillo, sin ventana alguna, cuyos muros y suelo estaban revestidos de gruesos tapices de pelo de camello. Un fuerte olor a almizcle le atacó la garganta; dos velitas de cera amarilla ardían sobre una mesa redonda, puesta ante un diván muy bajo de estilo turco; en un rincón se veía un pequeñísimo lecho, oculto por cortinajes de muselina oriental con listas de raso, y a la cabecera del lecho colgaba una sarta de cuentas de ámbar, terminada en una borla de seda roja.

—Pero, dispensa... ¿quién eres tú? —repitió Yergunov.

—Hermana... hermana de Emilia.

—¿Eres su hermana? ¿Vives aquí?

—Sí.

El teniente extendió de nuevo hacia ella su mano, y ella retrocedió de nuevo.

—¿Y cómo es que nunca me ha hablado de ti? ¿Te ocultas?

La otra asintió con la cabeza.

—¿Es entonces cierto? ¿Tienes razones para ocultarte? Pues eso justificaría que no te haya visto nunca. He de confesar que ni siquiera sospechaba tu existencia... ¡Cómo! ¿Esa vieja gorda, la señora Fritsche, es tía tuya?

—Sí.

—Hum... Parece que no comprendes muy bien el ruso. ¿Cómo te llamas?

—Colibrí.

—¿Qué?

—Colibrí.

—¡Colibrí! ¡Vaya un nombre más raro! ¿No hay en África unos insectos que se llaman de ese modo?

Colibrí se echó a reír, con una risita breve y extraña, como si en su garganta se entrecocasen unas copas de cristal. Meneó seriamente la cabeza, arrojó un vistazo rápido a su alrededor y, dejando la guitarra, se aproximó a la puerta de un salto y la cerró bruscamente. Sus movimientos eran vivos y ágiles, con el frote seco de un lagarto. Los cabellos le llegaban casi hasta la parte trasera de las rodillas.

—¿Por qué cierras la puerta? —preguntó el teniente.

Colibrí se puso un dedo delante de los labios.

—Por Emilia.

El teniente sonrió con cierta vanidad.

—¿Acaso estás celosa?

—¿Qué? —dijo Colibrí, levantando la cabeza y adoptando una expresión pueril, como hacía cada vez que preguntaba—. ¿Celosa?... Enfadada... ¡Oh! Sí.

—Me agrada estar contigo. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete años, quieres decir?

—Sí.

El teniente dirigió una mirada más escrutadora a su extraña compañera.

—Eres una verdadera preciosidad, un asombro de belleza en miniatura. ¡Qué cabellos! ¡Qué ojos! ¡Y qué cejas más bonitas...!

Colibrí se echó de nuevo a reír, y puso lentamente en blanco sus magníficos ojos diciendo, con una gravedad chocante:

—Sí, soy una hermosura. Siéntate... Yo, cerquita de ti... Toma una flor, una linda flor que huele muy bien.

Sacó de su cintura una rama de lilas blancas y miró al teniente por encima de las flores, mientras mordía uno de los pétalos.

—Toma. ¿Quieres almíbares de Constantinopla, de «Constantinópolis», verdadero *cherbett*?

Colibrí se levantó con rapidez, se acercó a una cómoda, la abrió y extrajo de ella un tarrito dorado envuelto en un trozo de tela roja sembrada de lentejuelas de acero. Después sacó una cuchara de plata dorada, una botella de cristal tallado llena de agua, y una copa a juego con la botella.

—Toma *cherbett* muy bueno, «signore», y cantaré. ¿Quieres? —y cogió la guitarra.

—¿Sabes cantar? —preguntó el teniente, metiéndose en la boca una cucharada de aquel *cherbett* que, en efecto, era inmejorable.

Colibrí agarró con ambas manos su espesa cabellera y se la echó hacia atrás. Incluyó a un lado la cabeza y punteó algunos acordes mirando con atención las puntas de los dedos y el mástil de la guitarra. Luego se puso a cantar con una voz agradable y más fuerte de lo cabría esperar de un ser tan débil. Al teniente le pareció extraña.

—¡Como maúlla la gatita! —dijo para sus adentros.

Cantaba una canción melancólica, ni en ruso ni en alemán, sino en una lengua absolutamente desconocida para Yergunov. Se mezclaban con frecuencia, en su canto, sonidos guturales, extraños. Y, para concluir, pronunció lentamente la palabra *sinzimar*, *sintamar*, o algo parecido. Enseguida apoyó la cabeza en la mano, exhaló un suspiro, puso la guitarra sobre sus rodillas y preguntó:

—Bueno..., ¿quieres que la repita?

—Con mucho gusto —respondió el teniente—. Pero, ¿por qué tienes la cara siempre tan triste? Toma un poco de *cherbett*.

—No, tómalo tú. Lo de ahora será más alegre.

Y se puso a cantar otra cantinela por el estilo, pero en el mismo idioma incomprensible y con las mismas entonaciones de timbre gutural. Sus tostados deditos corrían por las cuerdas como las patas de una araña. Acabó dando un grito al mencionar una palabra, *hassa*, mientras daba golpes violentos y repetidos sobre la mesa con su diminuto puño. Sus ojos brillaban con un fulgor salvaje.

El teniente estaba mareado, como suele decirse: se le iba la cabeza. Todo era nuevo para él. Aquel perfume de almizcle, aquellos cantares extravagantes, aquellas velas de cera encendidas a pleno día, aquel *cherbett* aromatizado con vainilla y, sobre todo, aquella Colibrí que se le acercaba más y más, con sus cabellos relucientes y rumorosos como la seda, y con su rostro siempre tan triste.

«Es una *russalka*[2]» —se dijo para sí el teniente, experimentando un indefinible malestar—.

—Corazoncito mío... Confiésamelo, ¿qué capricho te ha entrado para hacer que nos conociéramos hoy?

—Porque eres joven y guapo. Me gustan los que lo son.

—¡Ah!... Pero, ¿qué dirá Emilia? Ya a venir, me escribió esta mañana.

—No debe enterarse de esto... ¡Me mataría!

El teniente se echó a reír.

—¿La crees tan mala?

Colibrí meneó la cabeza y dijo:

—Solo los malos son capaces de matar... Ni una palabra tampoco a la señora Fritsche.

Le dio en la frente varios golpecitos con la yema del dedo, y preguntó:

—¿Comprendes, oficial?

El teniente frunció el entrecejo.

—Bien, bien, guardaré tu secreto. Pero, en recompensa, dame un beso.

—No, después, cuando te vayas.

—Ahora mismo.

Y se inclinó hacia ella. Pero Colibrí retrocedió con lentitud, se enderezó y se quedó rígida como una culebra a quien se ha pisado en la espesa hierba del monte. El teniente la miró a los ojos y exclamó:

—¡Picaronaza!... Como gustes... ¡Y Dios te bendiga!

Colibrí se quedó un instante pensativa, y ya se decidía a acercarse al teniente cuando, de pronto, resonaron en la casa tres golpes secos. Colibrí se levantó bruscamente y dijo con una risa forzada.

—Hoy no..., mañana sí. Vuelve mañana.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, a las siete.

—Está bien. Pero mañana me dirás por qué te has ocultado de mí durante tanto tiempo.

—Sí, sí. Mañana la conclusión, oficial mío.

—Te tomo la palabra. Y te traeré un bonito regalo.

—¡Jamás! —dijo dando golpes con el pie en el suelo—. Esto, esto y esto (dijo, señalando a sus trajes, sus joyas, todo cuanto la rodeaba), todo esto es mío. ¡Regalos,

nunca!

—No te enfades, señorita. No voy a obligar a nadie a recibirlos. Necesito irme ya. ¡Adiós, juguetito mío...! ¿Y el beso?

Colibrí dio un ligero salto, y echando ambos brazos alrededor del cuello del joven teniente, le dio un beso que a Yergunov le hizo el efecto de un picotazo. Quiso él besarla, a su vez, pero se escapó con presteza y corrió a refugiarse tras el diván.

—¿Con que hasta mañana a las siete? —dijo el teniente, un poco confuso.

Ella asintió con la cabeza. Y cogiendo con la punta de los dedos una de sus largas matas de pelo, se puso a mordisquearla con sus afilados dientecillos. El teniente hizo con la mano un ademán de “adiós”, y tiró hacia sí de la puerta. Al punto, oyó a Colibrí acercarse corriendo a cerrarla, con doble vuelta de llave.

En el salón de la señora Fritsche no había nadie. El teniente, que no tenía ganas de encontrarse con Emilia, se dispuso a salir, pero al llegar a la escalinata tropezó con la dueña de la casa.

—¿Se va usted, señor teniente? —dijo esta, con el mismo gesto afectado y siniestro—. ¿No espera usted a Emilia?

El teniente se puso el chacó.

—Señora, debo advertirle a usted que no tengo costumbre de esperar. Es muy probable que tampoco venga mañana. Comuníquesele por favor a su sobrina.

—Bien, bien —dijo la otra—. Pero, señor teniente, ¿no se ha aburrido usted?

—No, señora, no me he aburrido.

—Es todo cuanto quería saber. Le presento a usted mis respetos.

—Y yo la saludo a usted, señora.

El teniente se metió en su casa, y al acostarse en la cama se quedó sumido en un laberinto de reflexiones. «¿Qué demonios es todo esto?», exclamó en voz alta más de una vez. «¿Por qué me ha escrito Emilia? ¡Me da una cita y no asiste a ella!». Cogió la carta de Emilia, la hizo girar varias veces entre sus dedos, y la olió. Trascendía a humo de tabaco, y en un párrafo se había corregido un participio masculino para ponerle desinencia femenina. ¿Qué podía deducirse de esto? ¿Es posible que no sepa nada aquella vieja judía, a quien Dios confunda? Y sobre todo, ¿quién es ella realmente?

No se apartaba de su memoria la hechicera Colibrí, y aguardaba con impaciencia la velada del día siguiente, aunque cuando en el fondo de su alma casi tenía miedo de aquel «juguetillo».

- [1] Casco rematado con plumaje u otro adorno, propio de la caballería ligera, y aplicado después a tropas de otras armas (N. del T.).
- [2] Especie de ninfa o dríada malhechora, en la mitología eslava.

III

ANTES DE LA HORA DE LA COMIDA, el teniente entró en el bazar y, tras un porfiado regateo, compró una crucecita de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro. «Diga lo que diga —pensaba— sobre que no necesita ningún regalo, ya sabemos lo que eso significa. Además, si ella es de verdad es tan desinteresada, Emilia no le hará arrumacos al obsequio».

Hacia las seis de la tarde el teniente se afeitó con sumo esmero, mandó en busca de un peluquero y le encargó que le rizase bien el copete y cargara bien la mano con la pomada, lo que aquel hizo con la mayor conciencia. Enseguida se vistió con su uniforme más flamante, cogió con la mano derecha un par de guantes sin estrenar, se perfumó abundantemente con esencia de espliego y salió de casa. Si se esmeró en su peinado mucho más que cuando hacía la corte a su *Zuckerpüppchen*, no era porque le gustase más Colibrí, sino porque en esta había algo que lograba excitar incluso la lenta imaginación de nuestro oficial.

Según costumbre, salió a su encuentro la señora Fritsche. Y como si se hubiesen puesto de acuerdo para un embuste convenido de antemano, le anunció que Emilia había salido también por unos instantes, y le rogaba que la aguardase. El teniente inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y se sentó en una silla. La señora Fritsche se sonrió de nuevo (es decir, enseñó sus largos dientes amarillos) y se retiró, esta vez sin ofrecerle chocolate.

Enseguida fijó el teniente los ojos en la puerta misteriosa. Continuaba cerrada. Tosió dos veces, para anunciar que había llegado. Y la puerta siguió sin abrirse. Contuvo el aliento, aguzó el oído, pero nada, ni el más leve rumor. Todo parecía estar muerto en torno suyo. Se levantó y fue de puntillas hacia la puerta, y no encontrando a tientas el pestillo de la cerradura, empujó la puerta con la rodilla. Esta se resistió. Él entonces se inclinó, y con voz baja y ahogada pronunció dos veces: «¡Colibrí, Colibrí!». No obtuvo respuesta. Entonces se irguió, se estiró por ambos lados los faldones de la levita del uniforme y, dando golpes con el pie en el suelo, se acercó a la ventana y se puso a tamborilear con los dedos sobre los vidrios, con mal talante.

La honra oscura y ofendida de militar se sublevó dentro de él.

—¡Demonio! ¿Por quién me toman? Si es así, voy a llamar a puñetazos y tendrá que abrirme por la fuerza. Y si la vieja bruja nos oye, tanto peor, no tendré yo la culpa.

Se volvió en redondo: la puerta se había entreabierto.

Enseguida, el teniente se lanzó de puntillas hacia el gabinete secreto. Sobre el diván, vestida con un traje de un color amarillo rabioso, y con el talle ceñido por un ancho cinturón rojo, estaba tumbada Colibrí quien, tapándose con un pañuelo la parte inferior de la cara, reía hasta llorar, pero sin ruido.

Esta vez se había arreglado el cabello, formando dos gruesas y largas trenzas entretreídas con cintas rojas. En sus piececitos, cruzados uno sobre otro, se veían los

rojos zapatos de la víspera, pero las piernas estaban desnudas. Parecía que llevaba medias de seda parda. El diván estaba puesto de otro modo que la víspera, más próximo a la pared, y en la mesa había un platillo del Japón, con una panzuda cafetera, un azucarero de cristal tallado y dos tacitas de porcelana azul. En la misma mesa estaba la guitarra, y un humo gris subía en finas espirales desde la punta de una pastilla.

El teniente, que había abarcado al primer vistazo todos esos objetos, se acercó al diván; pero antes de que tuviera tiempo de pronunciar una palabra, Colibrí alargó la mano, sin dejar de reírse con el pañuelo en la boca, y clavando sus duros deditos entre la cabellera del teniente, destruyó de una manotada la confección primorosa de su peinado.

—¿Qué es eso? —exclamó el teniente, muy poco satisfecho de una familiaridad tan fuera de su punto—. ¡Menuda descarada!

Colibrí se destapó la cara y dijo:

—Antes, mal. Así mejor.

Retrocedió hacia un extremo del diván, dobló las piernas debajo del cuerpo y exclamó:

—Siéntate ahí, abajo.

El teniente se sentó en el sitio que ella señalaba, y después de un breve silencio le preguntó:

—¿Por qué me apartas de tu lado? ¿Tienes miedo de mí?

Colibrí se enroscó como un gato y le miró de soslayo.

—¿Yo?... No.

—No debes hacerte la salvaje de ese modo —continuó el teniente, con tono paternal—. ¿No es verdad que recuerdas tu promesa de ayer?

Colibrí apretó sus propias rodillas con los brazos, puso encima la cabeza y volvió a mirar de reojo.

—Me acuerdo.

—En ese caso... —dijo Yergunov, dispuesto a adelantarse.

—No tan deprisa, «signore».

Colibrí soltó las trenzas de sus cabellos, que había atado una con otra por debajo de las rodillas, y con la punta de aquellas le fustigó en la mano.

El teniente se quedó confuso y murmuró, sin darse cuenta:

—¿Qué ojos tiene la pícara!... Pues entonces, ¿por qué me has hecho venir?

Colibrí alargó el cuello con movimiento de pájaro, y se puso a la escucha.

—¿Emilia? —dijo el teniente con desconcierto—. ¿Alguna otra persona?

Colibrí se encogió de hombros.

—Pero, ¿oyes algo? —continuó Yergunov.

—Nada.

Con otro movimiento de pájaro retiró su cabecita alargada, cuyas gruesas trenzas se separaban por una raya esmeradamente hecha y que se perdía entre un montón de pelitos rizados sobre la nuca.

—Nada —repitió, enroscándose de nuevo.

—¡Nadie! —dijo el teniente—. Entonces, puedo...

Extendió la mano y la retiró de inmediato. En uno de los dedos se veía una gota de sangre.

—¡Qué necesidad! —exclamó, sacudiendo la mano—. ¡Siempre con vuestros alfileres! Pero, ¿qué maldito alfiler es ese —añadió, viendo un pequeño estilete de oro que ella volvió a colocar en su ceñidor—. Es un puñal, un agujón..., y tú eres una avispa, ¿entiendes? ¡Una avispa!

A Colibrí pareció gustarle mucho la comparación del teniente, y se echó a reír con su risita cristalina.

—Sí, yo picaré... ¡Picaré!

Yergunov la miró a hurtadillas y pensó: «Se ríe, pero su rostro permanece siempre triste».

—Mira esto —añadió, en voz alta.

—¿El qué? —preguntó Colibrí con su expresión infantil.

—Esto. ¿No es cierto que es muy linda?

Y el teniente sacó del bolsillo la crucecita de oro, que hizo volar volteándola en el aire y entre sus dedos.

Colibrí alzó la vista con ademán de indiferencia, y dijo:

—¡Ah! Una cruz. Nosotros no llevamos eso.

—¡Cómo! ¡No lleváis cruces! Entonces, ¿eres judía, o turca?

—No las llevamos —repitió Colibrí. Luego, levantándose de pronto y mirando a sus espaldas por encima del hombro, preguntó—: ¿Quieres que cante? Voy a cantar.

El teniente se metió rápidamente la cruz en el bolsillo y se volvió también, pues le pareció escuchar un crujido en la pared.

—¿Qué ruido hacen ahí?

—¡Ratones, ratones! —se apresuró a contestar Colibrí.

Luego, del modo más inesperado para el teniente, le sujetó al cabeza entre sus brazos flexibles y torneados, y con un rápido beso le abrasó la mejilla como con un hierro al rojo vivo. Estrechó él a su vez a Colibrí, pero esta se le escurrió de entre los brazos como una serpiente, cosa fácil para ella con su delgada y ondulante cintura.

—Espera, espera —dijo en voz baja—. Antes, café...

—¡Qué capricho! El café, después...

—No, enseguida. Ahora, quemando. Más tarde, frío.

Agarró ella la cafetera por el asa y se puso a echarlo desde lo alto en las dos tazas. El café caía en chorro enroscado y humeante. Y Colibrí, inclinando la cabeza sobre un hombro, lo miraba caer. Yergunov echó un terrón de azúcar en la taza, y se la bebió de un trago. Le pareció muy fuerte y muy amargo. Colibrí le miraba, sonriéndose y dilatando las ventanillas de la nariz por encima de la taza, que se llevó a los labios y dejó descansar lentamente sobre la mesa.

—¿Por qué no bebes? —preguntó el teniente.

—Yo, poco a poco.

—Vamos, siéntate junto a mí —dijo el teniente, golpeando con la mano sobre el diván.

—Ahora mismo —extendió la mano y, sin quitarle ojo a Yergunov, tomó la guitarra—. Primero voy a cantar.

—Sí, sí, pero siéntate.

—¡Con que bailas!... ¡Ah, eso sí me gustaría verlo! Sin embargo, ¿por qué no bailas después?

—No, no. Pero te amo mucho. Yo, sí.

—¿De veras? Pues entonces, baila, terquilla.

Colibrí se puso al otro lado de la mesa y, después de puntear algunos acordes, con gran sorpresa del teniente, que esperaba alguna canción alegre y animada, se puso a entonar una especie de recitado lento y monótono, acompañando cada uno de los sonidos que parecían salir con esfuerzo de su garganta con un balanceo acompasado de todo su cuerpo, a derecha e izquierda. No sonreía. Hasta había fruncido sus altas y arqueadas cejas, entre las cuales se veía con claridad un pequeño signo de color azul, semejante a una letra de cualquier idioma oriental, y trazado probablemente con pólvora. Había casi cerrado los ojos, pero entre sus entornados párpados brillaban aún sus pupilas con un fulgor tétrico, y se obstinaba en mirar al teniente con la misma fijeza. Tampoco él podía separar los suyos de aquellos ojos magníficos y amenazadores, de ese rostro tostado que un débil rubor coloreaba cada vez más, de esos labios semiabiertos e inmóviles, de esas serpientes negras que se balanceaban con movimientos rítmicos a ambos lados de aquella elegante cabeza. Colibrí continuaba moviéndose en el mismo sitio, sus pies no hacían más que levantarse, una vez por la punta, otra por el talón. Solo una vez giró con violencia y lanzó un grito estridente, agitando la guitarra por encima de la cabeza. Y de nuevo tornó a su misma danza de contoneos, con el mismo cantar lento y monótono. Sin embargo, Yergunov estaba muy cómodamente sentado en el diván, y sin decir una palabra continuaba mirando a Colibrí. Sufría una sensación extraña e inacostumbrada: se sentía ligero y libre, quizá demasiado ligero; ya no tenía cuerpo, nadaba por el espacio. Al mismo tiempo, frías hormigas parecían recorrer su espalda. Un raro desfallecimiento agradable le enervaba las piernas, y la somnolencia le hacía cosquillas en los ángulos de la boca y de los ojos. Ya no deseaba nada, ya no pensaba en nada. Se sentía mecer dulcemente, y murmuraba con la punta de la lengua: «¡Oh, juguetito mío!». De vez en cuando, el rostro del juguetito parecía velarse. «¿Por qué será?», decía para sí el teniente. «¡Ah, ya!... Es el humo... Hay aquí... un humo azulado». Y alguien comenzaba a mecerle y a murmurarle al oído frases agradables que empezaban y no concluían.

Pero, de pronto, los ojos del «juguetito» se abrieron, enormes, de un tamaño desmedido, como los ojos de un puente. Rodó la guitarra, y al chocar contra el suelo pareció resonar desde las últimas profundidades del abismo. No sé qué amigo, el más íntimo del teniente, le abrazó por detrás con ternura y con brío, y le apretó el lazo de la corbata. Luego vio casi pegados a su cara los poblados bigotes, la nariz ganchuda y los ojos penetrantes del incógnito de los tres botones de plata. Y el teniente no se asombró, aun cuando los ojos estaban en el sitio de los bigotes, los bigotes en el sitio de los ojos, y la nariz de arriba abajo y viceversa. Hasta le pareció que todo eso debía estar así, y estuvo a punto de decirle a esa nariz: «¡Buenos días, hermano Gregorio!», pero aplazó

esta intención, y prefirió... prefirió partir inmediatamente con Colibrí para Constantinopla, a fin de celebrar allí su boda, puesto que Colibrí era turca y él acababa de hacerse mahometano...

Eso le fue tanto más fácil, cuanto que se presentó un barquito... Puso el pie en él y, aunque por torpeza chocó hasta sentir un dolor tan intenso que no sabía dónde estaban sus miembros, recobró el equilibrio. Habiéndose sentado en un banquillo a la popa del barco, se puso a descender el curso de ese gran río que, con el nombre de río del Tiempo, se ve colgado en los colegios de Nicolaiev y que lleva derecho a Constantinopla. Aquella navegación le causaba un placer singular. Cada poco rato encontraba grandes cercetas rojas, que por desgracia no se dejaban coger y se sumergían en cuanto él se acercaba, no dejando en su lugar sino extensas manchas sanguinolentas. Colibrí viajaba con él, pero, deseosa de evitar el calor, iba dentro del barco y de vez en cuando daba golpecitos contra el fondo. Por fin, delante, Constantinopla: las casas son como conviene que sean, en forma de sombreros tiroleses, y todos los turcos tienen caras graves y largas... Solo que es preciso no mirarlas demasiado tiempo: bien pronto se deforman, hacen muecas y se funden como montones de nieve en primavera... Ante ellos, el palacio donde habitará con Colibrí... ¡Qué bien dispuesto se haya todo en él! Charreteras por todas partes, soldados con pieles de macho cabrío tocando la trompeta por todos los rincones; y, naturalmente, en todas las paredes el retrato de Mahoma con uniforme de general ruso. Pero, ¿por qué corre Colibrí delante de él, de estancia en estancia, arrastrando tras de sí la cola de su falda? ¿Y por qué no quiere volverse de cara? Y luego se encoge, se achica cada vez más; ya no es Colibrí, sino un caballere de levita redonda. Es su gobernador militar, y se ve obligado a trepar en pos de él por el interior de una luneta, que se reduce más y más; ya no se puede uno mover de allí, ni hacia atrás ni hacia delante; ya no se puede respirar, y un peso enorme se desploma sobre su espalda; tiene la boca llena de tierra...

IV

AL FIN ABRE LOS OJOS EL TENIENTE. En torno suyo reinan la claridad y el sosiego. Huele a vinagre, a menta. Algo blanco lo envuelve por arriba, a derecha e izquierda; mira, escudriña; son los cortinajes de una cama. Quiere levantar la cabeza... imposible; la mano... imposible también... ¿Qué significa aquello? Baja la vista: delante de él está un largo cuerpo extendido, oculto por una manta de lana burda con cenefas pardas en ambos extremos. Hechas las oportunas comprobaciones, resulta que ese cuerpo es el suyo. Trata de dar un grito, pero no sale ningún sonido; lo intenta de nuevo con todas sus fuerzas, y bajo su nariz tiembla un sonido decrepito. Se oyen pasos sordos. Una mano aparta la cortina. Aparece a la vista del teniente un viejo inválido, vestido con un capote militar remendado. Ambos parecen asombrarse, aunque por diversas causas. Arriman un gran cántaro de estaño a la boca del teniente, que bebe del agua fresca con avidez. Su lengua se desata:

—¿Dónde estoy?

El inválido lo mira por segunda vez, se aleja y vuelve con otro hombre de uniforme.

—¿Dónde estoy? —repite el teniente.

—¡Vaya, no se morirá de esto! —dice el hombre uniformado, y prosigue en voz alta —. Está usted en el hospital, pero es preciso que no hable. Calle usted, y duerma.

El teniente iba a asombrarse de nuevo, pero finalmente se queda traspuesto.

Al día siguiente apareció el médico del hospital. Yergunov había recobrado el sentido. El doctor le felicitó por la curación, y mandó que le renovasen el apósito que le cubría la cabeza.

—¿Cómo que la cabeza? ¿Tengo alguna cosa?...

—No debe usted hablar, ni agitarse —interrumpió el doctor—. Permanezca usted tranquilo y dé gracias al Altísimo. ¿Dónde están las compresas, Popov?

—Pero el dinero... El dinero de la corona...

—Vamos, ya está delirando otra vez... ¡Hielo, Popov, más hielo!

Transcurrió una semana. El teniente estaba aliviado, hasta el punto de que creyeron que se le podía revelar ya lo sucedido. He aquí lo que le contaron:

El 16 de junio, a las siete de la tarde, había hecho su última visita a casa de la señora Fritsche. Y el 17, hacia la hora de comer, es decir, casi veinticuatro horas más tarde, un pastor le había encontrado en el interior de un barranco, junto a la carretera principal de Kherson, a unas dos verstas de Nicolaiev, sin conocimiento, con la cabeza rota y manchas azuladas alrededor del cuello. La levita y el chaleco estaban desabrochados, y todos los bolsillos vueltos del revés; habían desaparecido el chacó y el puñal, así como el cinturón de cuero. A juzgar por la hierba aplastada y por una ancha huella que quedó en la arena y en la arcilla, el teniente debió de haber sido arrastrado desde la carretera hasta el fondo del barranco, y solo allí le dieron un golpe en la cabeza con un arma cortante, quizá su propio puñal. En efecto, a lo largo de toda la huella no se había visto ni una gota

de sangre, mientras que alrededor de la cabeza se había encontrado un gran charco de ella. Los asesinos debieron de haberle hecho, ante todo, perder el conocimiento, y después trataron de estrangularle; enseguida, llevándole fuera de la ciudad, le habían dado el último golpe en el fondo del barranco. El teniente solo se había librado de la muerte gracias a su constitución de hierro, pues no recobró el conocimiento hasta el 23 de julio, cinco semanas después del suceso.

Yergunov prestó inmediatamente declaración, refirió por escrito y de palabra todas las circunstancias de la desgracia que le había acaecido, e indicó con claridad la casa de la señora Fritsche. Allí se presentó la policía, pero ya no encontró a nadie en ella: los pájaros habían volado del nido. Se apoderaron del dueño de la casa y lo llevaron ante los tribunales. No pudo sacarse gran cosa en limpio de aquel hombre, artesano de la ciudad, en extremo viejo y no menos sordo. Habitaba en otro barrio de Nicolaiev, y todo cuanto sabía era de cuatro meses atrás, cuando había alquilado la casa a una judía, provista de su correspondiente célula personal y llamada Schmul o Schmulke, y que, cumpliendo con su deber, lo había puesto inmediatamente en conocimiento de la policía. En su declaración añadió que una joven, provista también de célula, había ido a vivir con la vieja judía.

¿Qué oficio era el de estas mujeres? No sabía nada. ¿Tenían subarrendadas habitaciones a otras personas? Tampoco lo sabía. Y en cuanto al chico encargado de guardar la casa cuando se desalquiló, se había marchado a Odessa, o a Petersburgo, o a cualquier otra ciudad. El nuevo guarda no había empezado a prestar servicio hasta el 1 de julio.

Se practicaron entonces pesquisas en los registros de la policía e investigaciones en los contornos, y se supo que la Schmulke y su compañera, cuyo verdadero nombre parecía ser Federica Bengel, habían salido de Nicolaiev hacia el 20 de junio con rumbo desconocido. En cuanto al hombre misterioso, con aspecto de bohemio y tres botones de plata, así como respecto a la muchacha extranjera de tostada tez y gruesa mata de cabellos, nadie los había visto, o nadie se atrevió a declararlo.

En cuanto el teniente pudo salir del hospital, se dispuso a reconocer por sí mismo la casa que tan fatal le había resultado. En el pequeño gabinete donde mantuvo sus entrevistas con Colibrí, y que aún olía a almizcle, se había descubierto otra puertecilla, contra la cual arrimaron el diván para su segunda visita, y por donde, según toda verosimilitud, entraría el asesino. El teniente presentó enseguida una instancia en la forma establecida. Empezó el expediente de recogida de información. Numerosos oficios, con los números de sus respectivas series, fueron redactados y enviados en todas direcciones. Pasado un tiempo, fueron llegando multitud de oficios de contestación, igualmente numerados, y aquí paz y después gloria. Habían desaparecido los sospechosos, y con ellos el dinero de la corona, que ascendía a mil novecientos diecisiete rublos y algunos kopeks, suma de bastante importancia por aquella época. El desdichado teniente tuvo retención durante diez años para restituir la suma, hasta que al fin tuvo la suerte de que le condonaran el resto con motivo de un indulto, que también le alcanzó a él.

En los primeros tiempos estuvo firmemente convencido de que la causa de todo el desastre, la cabeza de la conspiración urdida contra él, había sido Emilia, su pérfida Zuckerpüppen. Recordó que el día de su última entrevista con ella se quedó imprudentemente dormido en el sofá; que, al despertar, había notado la turbación de aquella mujer, y que la misma noche descubrió aquel descosido hecho en el cinturón, evidentemente con las tijeras que ella se guardó en el bolsillo. «Lo vio todo —se decía—, debió decírselo a aquella condenada vieja y a los otros dos demonios. Me tendió un lao escribiéndome aquella carta, y yo caí en él. ¿Pero quién hubiera podido esperar eso de ella?». Entonces recordó el bondadoso y hermoso semblante de Emilia, con sus ojos claros y risueños. «¡Oh, mujeres, mujeres! ¡Raza de cocodrilos!».

Pero cuando abandonó definitivamente el hospital y se volvió a su casa, supo un circunstancia que despistó por completo sus conjeturas. El mismo día en que le habían traído medio muerto a la ciudad, una joven, que por las señas era el vivo retrato de Emilia, corrió llorando a mares y con el cabello suelto a casa del teniente, y habiendo pedido noticias al asistente, acudió como loca hasta el hospital. Allí le dijeron que el teniente difícilmente pasaría de aquel día, y al momento desapareció, retorciéndose los brazos y dando muestras de la más violenta desesperación. Así pues, era evidente que no esperaba que pudieran asesinarlo. ¿La habrían engañado a ella misma? ¿No habría recibido su parte en el robo? ¿Se habría despertado en ella el remordimiento? Y, sin embargo, había salido de Nicolaiev con aquella abominable vieja, que seguro que estaba al corriente de todo... El teniente no sabía qué pensar, y no pocas veces aburrió a su asistente haciéndole repetir las señas de la joven y las palabras que le había dicho.

Dieciocho meses más tarde recibió de Emilia – Federica Bengel una carta en alemán, que hizo traducir enseguida, y que luego nos enseñó más de una vez. Estaba cuajada de faltas de ortografía, pero sobre todo de signos de admiración. El sobre llevaba el sello de la administración de correos de Breslau. He aquí su traducción casi literal:

¡Mi querido e incomparable Florestán! ¡Señor teniente Jorgenhov! ¡Cuántas veces he jurado escribirle a usted, y siempre lo he aplazado con gran pesar mío, aun cuando la idea de que pueda considerarme usted cómplice de aquel horrible crimen, ha sido siempre para mí el más espantoso pensamiento. ¡Oh, mi querido señor teniente, créame usted: el día en que supe que estaba usted sano y salvo ha sido para mí el día más hermoso de mi vida! Pero no puedo pretender justificarme por completo; no quiero mentir. En efecto, yo fui quien descubrió su costumbre de llevar el dinero encima del estómago (lo mismo hacen en mi tierra los carniceros y los tratantes de ganado)... ¡Y tuve la imprudencia de contarlo! También dije, de broma, ¡que no estaría mal quitarle a usted un poco de aquella suma! La bruja de la vieja (¡oh, señor Florestán, no era mi tía!) formó inmediatamente una conspiración con ese monstruo impío de Luigi y su otra cómplice... ¡Le juro a usted por el sepulcro de mi madre (que era una mujer honrada, y no como yo), que aún ignoro quiénes eran aquellas gentes! Todo lo que sé es que él se llamaba Luigi, que ambos procedían de Bucarest, y que con certeza eran unos grandes criminales, porque se ocultaban de la policía y tenían dinero y objetos preciosos. Ese Luigi era un terrible personaje: ¡para él no suponía nada matar a un semejante! Hablaba en todas las lenguas, y él fue quien escribió mi carta. Él fue quien recobró los objetos robados por la cocinera. ¡Podía hacerlo todo, todo, todo! ¡Era un personaje terrible! Persuadió a la vieja de que, con su bebedizo, solo le aturdiría a usted; que enseguida le sacaría a usted fuera de la ciudad y diría que no sabía nada, sino que usted había bebido demasiado vino. ¡Pero el malvado tenía en su pensamiento la idea de que era preferible jugarle a usted una mala pasada, para que después no hubiera gallo que pudiera cantar! ¡Escribió aquella horrible carta, y la vieja me alejó con maña, y hasta puedo decir que con la fuerza! Yo no sospechaba nada, y tenía un miedo tremendo a ese Luigi, que me decía: «¡Te cortaré el pescuezo como a una gallina!». Y al decir esto, ¡meneaba tan terriblemente los bigotes! Así fue como me condujeron, engañada, a cierta sociedad... ¡Oh, señor

Florestán, tengo mucha vergüenza y lloro lágrimas bien amargas, pues pienso que no he nacido para semejante oficio! La idea de que hasta cierto punto soy la causa de su desgracia me volvió loca. Y, sin embargo, partí con aquellas gentes; porque, si la policía nos hubiera descubierto, ¿qué hubiese sido de mí? Pero bien pronto los abandoné a todos; y ahora vivo en la miseria, a menudo sin tener un pedazo de pan, ¡mi alma está tranquila! No me pregunte usted por qué fui yo misma a Nicolaiev, no podría contestarle. ¡He prestado un juramento terrible! Acabo mi carta por una súplica, señor Florestán: ¡por favor, si alguna vez piensa usted en su pobrecita Emilia, no piense en ella como en una perversa malvada! Dios eterno ve mi corazón en este instante: soy de vida inmoral, soy voluble de carácter y de costumbres, ¡pero no soy malvada! ¡Le amaría a usted siempre, mi incomparable Florestán! ¡Y le deseo siempre lo mejor que haya en este globo terráqueo! Si recibe usted esta carta, escríbame algunas líneas para saber que la ha recibido. Con eso hará usted muy feliz a su segura servidora,

Emilia

Postdata: Le escribo a usted en alemán. No hubiera podido expresar en otro idioma todos los sentimientos que me afligen. Pero usted puede contestarme en ruso.

—¿Y qué le contestó usted? —preguntamos al teniente.

—Muchas veces he tenido esa intención. Pero ¿cómo escribirla? Yo no sé alemán. Y en cuanto al ruso, diga ella lo que quiera, habría necesitado que se la tradujeran. Entonces, comprendan ustedes... aquella correspondencia... la dignidad de las charreteras... En fin, que no he escrito.

Y cada vez que concluía el relato, el teniente Yergunov meneaba la cabeza, exhalaba un suspiro y decía:

—¡Ved lo que es la juventud!

Y si entre los oyentes había alguno nuevo, que por primera vez escuchase la narración de la célebre aventura, le cogía de la mano, se la ponía encima del cráneo, y le hacía palpar la cicatriz de la herida. En efecto, era enorme: se extendía de oreja a oreja.

IVÁN S. TURGUÉNIEV (1818-1883) está considerado el más occidental de los maestros del realismo ruso, y una figura indiscutible de la novela moderna. Es único al evocar atmósferas, y en su modo de armonizar el estado de ánimo de los personajes con el paisaje que les rodea. Entre sus obras, destacan *Relatos de un cazador*, *Primer amor*, *Lluvia de primavera* y *Padres e hijos*.

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

LITERATURA FRANCESA DEL SIGLO XX



RIALP

Literatura francesa del siglo XX

López Quintás, Alfonso

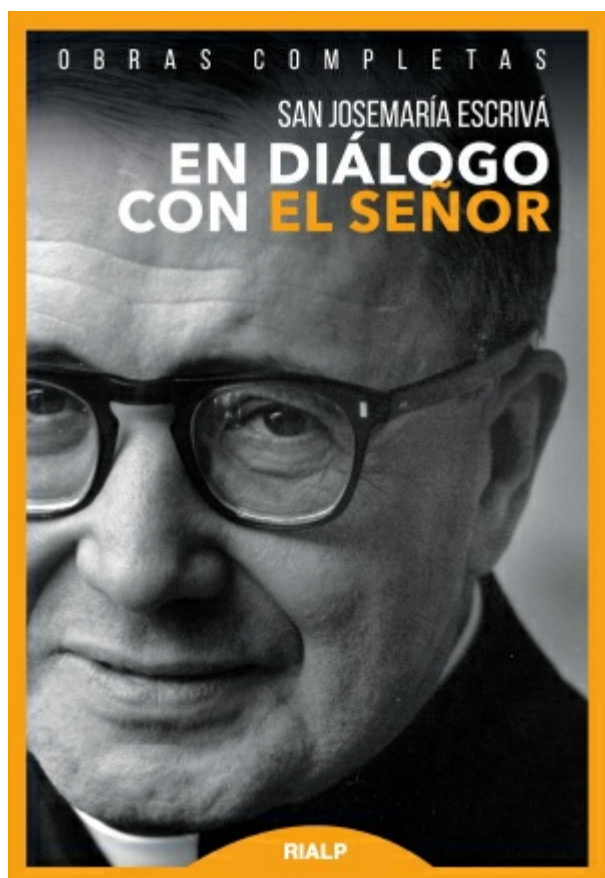
9788432146121

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo lograr que la lectura de un gran libro se convierta en una sugerente y fecunda lección de ética? El autor proporciona claves para adquirir esa capacidad de análisis literario, al hilo de Sartre, Camus, Saint-Exupéry, Anouilh y Beckett, cinco grandes escritores con distinta orientación pero con un mismo empeño: ahondar en el enigmático ser del hombre. Las obras escogidas para lograr ese objetivo son La náusea , Tierra de los hombres , El extranjero , Calígula , El principito , La salvaje , Eurídice y Esperando a Godot.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

San Josemaría Escrivá de Balaguer

Amar al mundo apasionadamente

Con un Prólogo de Mons. Javier Echevarría
y un Análisis del Prof. Pedro Rodríguez



RIALP

Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

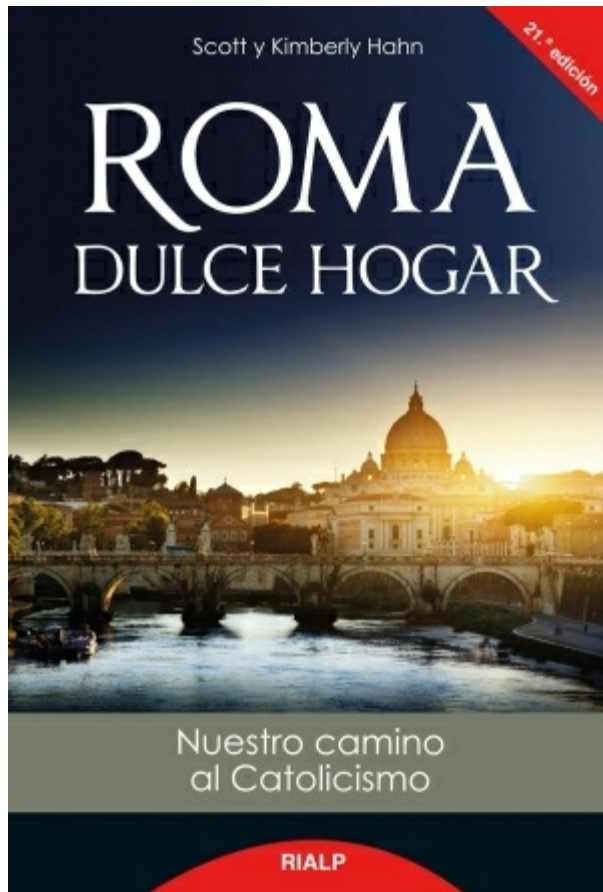
9788432141812

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. En esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Roma, dulce hogar

Hahn, Scot

9788432150098

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn -un matrimonio norteamericano- ofrecen el testimonio cálido, alegre y realista de su conversión al catolicismo. Formados en la Iglesia presbiteriana, inician una peregrinación espiritual que transforma toda su vida; es un camino de búsqueda de la verdad y adhesión a la voluntad divina, que culminó en la inmensa alegría de ser recibidos en la Iglesia católica. Desde entonces, los Hahn ofrecen charlas por todo su país y graban cintas que se difunden por el mundo entero. Miles de personas han podido así conocer tanto su experiencia, como las verdades y la belleza de la fe católica. Éste es el relato de su historia, y atrae al lector desde el comienzo. Es una motivadora invitación a tomarse más en serio la fe, a vivirla de forma más plena, y a compartirla con los demás. La edición original en inglés se ha traducido a otras muchas lenguas, como el francés, el italiano, el alemán o el chino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
I	5
II	13
III	21
IV	26
AUTOR	30